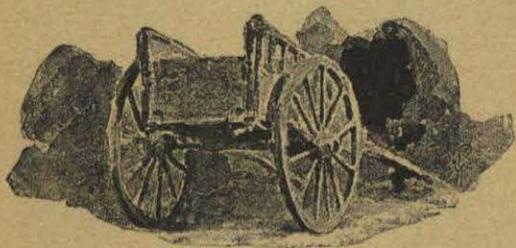


hecidas, rastrillos de arena, rastras fuera de uso, acabé por descubrir un carricoche con bancos, mohoso, roto, desvencijado, con las dos varas en el suelo. Con algunos pedazos de cuerda y unos pocos clavos lo puse en estado de servir. En eso he estado ocupado hasta por la noche; pero ¡qué buen trabajo!

Me deleitaba buscando clavos viejos y clavijas usadas. Una ó dos veces me he sorprendido á mí mismo mientras trabajaba. Es buena señal cuando uno espera á los prusianos...

Ahora ya está todo dispuesto, el carro y los arreos. ¡Mañana por la mañana, si no ocurre nada nuevo, me pondré en marcha para Champrosay!



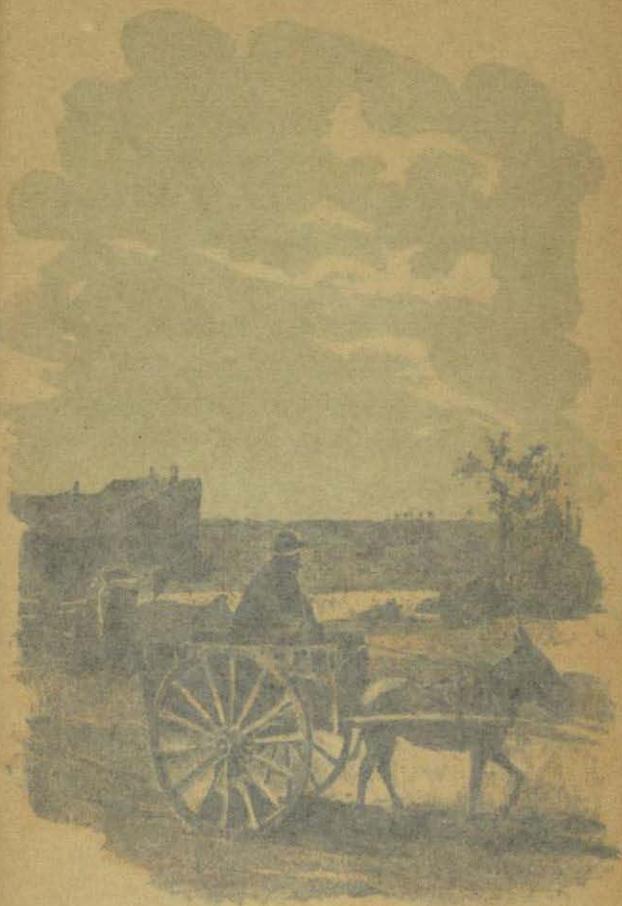
14 Septiembre.

He hecho juramento de llevar un diario muy fiel de la extraña y terrible vida que hago; si tengo muchos días tan agitados, tan dramáticos como éste, no llegaré nunca al final. Mi mano tiembla, mi cabeza echa fuego. Vamos á ver, de todos modos, si puedo escribir...

Al principio todo iba bien. El tiempo era magnífico. Había yo puesto dentro del

carro una gran saca de paja, y, aunque con los ojos hinchados todavía, á consecuencia de la picadura, Colaquet nos llevaba bastante derecho; ¡había andado tantas veces el camino, llevando sacos de ropa para lavarla en el río!

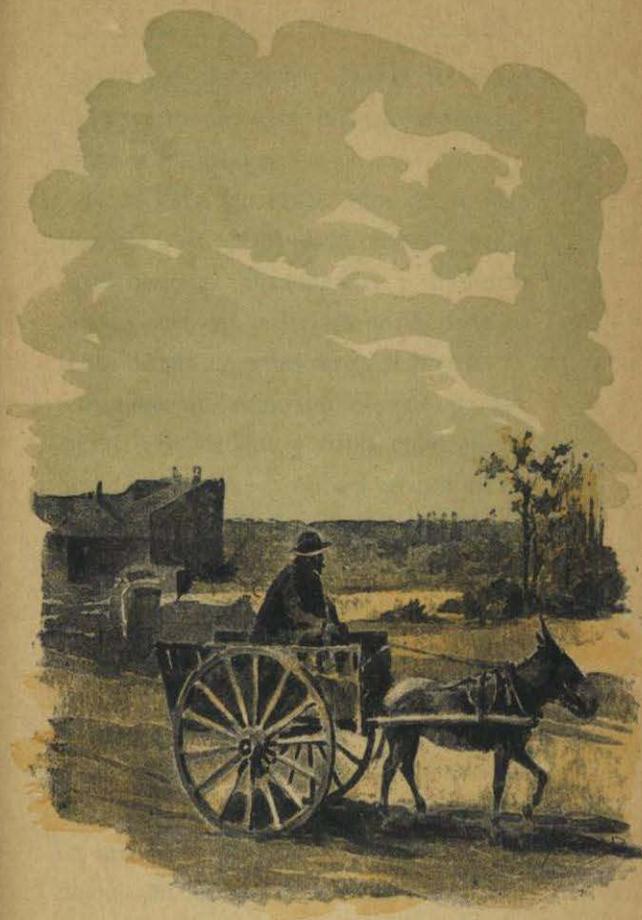
A pesar de algunos baches, el paseo me parecía delicioso. No oí ningún ruido sospechoso ni ví un sólo casco, ni un fusil para un remedio. Solamente al llegar á Camprosay, aquel profundísimo silencio que tanto me había impresionado al cruzar el bosque, me pareció más grande todavía. Las casetas de los campesinos estaban desconocidas; los palomares vacíos, las puertas cerradas, los patios silenciosos. Allá arriba, el campanario de la iglesia se levantaba como un vigía, mudo con su reloj parado. Más allá, todas aquellas casitas de recreo que se ven á las orillas del camino extendiendo sus parques hasta el mismo bosque, estaban herméticamente cerradas también. Sin embargo, los adornos de verano seguían flore-



Colaquet me llevaba bastante bien.

carro una gran saca de paja, y, aunque con los ojos hinchados todavía, á consecuencia de la picadura, Colaquet nos llevaba bastante derecho; ¡había andado tantas veces el camino, llevando sacos de ropa para lavarla en el río!

A pesar de algunos baches, el paseo me parecía delicioso. No oí ningún ruido sospechoso ni ví un sólo casco, ni un fusil para un remedio. Solamente al llegar á Camprosey, aquel profundísimo silencio que tanto me había impresionado al cruzar el bosque, me pareció más grande todavía. Las casetas de los campesinos estaban desconocidas; los palomares viejos, las puertas cerradas, los patios silenciosos. Allá arriba, el campanario de la iglesia se levantaba como un vigía, mudo con su reloj parado. Más allá, todas aquellas casitas de recreo que se ven á las orillas del camino extendiendo sus parques hasta el mismo bosque, estaban herméticamente cerradas también. Sin embargo, los adornos de verano seguían flore-



Colaquet me llevaba bastante bien.

ciendo, y en la caldeada arena de las alamedas se veían muy pocas hojas secas desprendidas de los árboles.

Nada daba tan exacta idea de la fuga forzosa á la desbandada, como aquellas casas desiertas, abandonadas y al mismo tiempo cuidadas y floridas por la parte interior de sus elegantes verjas de hierro.

Sentiase allí como un estremecimiento, cierto calor de vida, y había momento en que figurábase que iba á ver por un recodo de las alamedas sombreritos de paja, sombrillas abiertas, cabritas atadas en el jardín en los sitios de costumbre.

Lo que sí parecía enteramente muerto era el camino, aquella carretera de Corbeil, que había dejado tan animada con su continuo ir y venir de carros, de diligencias, de carretas de recoveros, corrales ambulantes, de carruajes arrastrados como por un torbellino, en los cuales se veían flotar velos de sombrero y cintas de tocados femeninos; y de esas enormes carretas de hierba, car-

gadas de dalles y de horquillas que paseaban su sombra gigantesca por el camino.

Ahora nada. Nadie.

En las cunetas sin limpiar, el polvo tenía el aspecto tranquilo de una nevada, y las dos ruedas de mi carricoche resbalaban sin hacer el menor ruido. La granja que está en el límite de la comarca, se me apareció á lo lejos, cerrada y silenciosa, desde el pie de sus paredes hasta el más alto cañizo de sus elevados techos.

¿Se habría marchado también Goudeloup?

Héme ya delante de la puerta. Llamo, golpeo. Entreábrese una ventana de la lechería, y veo aparecer la cabeza un poco salvaje del colono, su barba encrespada, sus ojillos redondos, de mirar desconfiado, emboscados tras espesísimas cejas.

— ¡Ah! sois vos, señorito Roberto... Esperad, que bajo en seguida.

Entramos juntos en la sala baja, á la cual los carreteros, los segadores, los jayanes que

trabajan en la granja acuden de ordinario á



cobrar su jornal al anochecer. En un rincón

ví dos escopetas con sus correspondientes cuchillo-bayonetas.

—Ya véis— me dijo Goudeloup señalando á las armas— que le espero... Si no se meten conmigo, yo no me moveré... Pero si tienen la desgracia de tocar á la granja... ¡Ah, entonces!

Hablábamos en voz baja, como si estuviésemos en país enemigo. Me ha dado algunos panes y un saco de harina; lo cargamos todo en mi cochecillo y nos separamos, prometiéndonos volver á vernos pronto... ¡Pobre hombre!

Antes de volver á mi casa, sin haber visto á los prusianos, tuve la curiosidad de bajar por el camino vecinal que conduce á la orilla del río. Un capricho de pintor. El río es el alma del paisaje. El es lo que sobre todo le da vida con sus aguas, sin cesar en movimiento, con todo lo que pasa por allí, y con ese ensanche de la Naturaleza—por efecto del reflejo de las dos orillas— donde las puestas de sol aparecen hondas como abis-

mos incendiados. Ahora el agua reflejaba la melancolía general.

Aquel puente cortado, los pilares hechos pedazos, amontonados á uno y otro lado del agua, formando montones de piedras blancas, el cordaje de hierro mojándose en el agua, todo aquello formaba allá en el horizonte algo como un inmenso desgarrón que hablaba de la invasión del enemigo. Ni barcos ni balsas conduciendo madera.

El río volvía á su estado salvaje; surcado por las corrientes y por los torbellinos y remolinos que se formaban en las ruinas del puente, y arrastrando sólo hierbajos y raíces, en los cuales las gaviotas, cansadas de volar, se dejaban ir á flor de agua. En las pendientes de una y otra orilla veíanse espigas todavía sin segar, viñas y campos recién segados, donde las piedras de molino se quedaban ocultas en sombra: toda una cosecha perdida, el abandono.

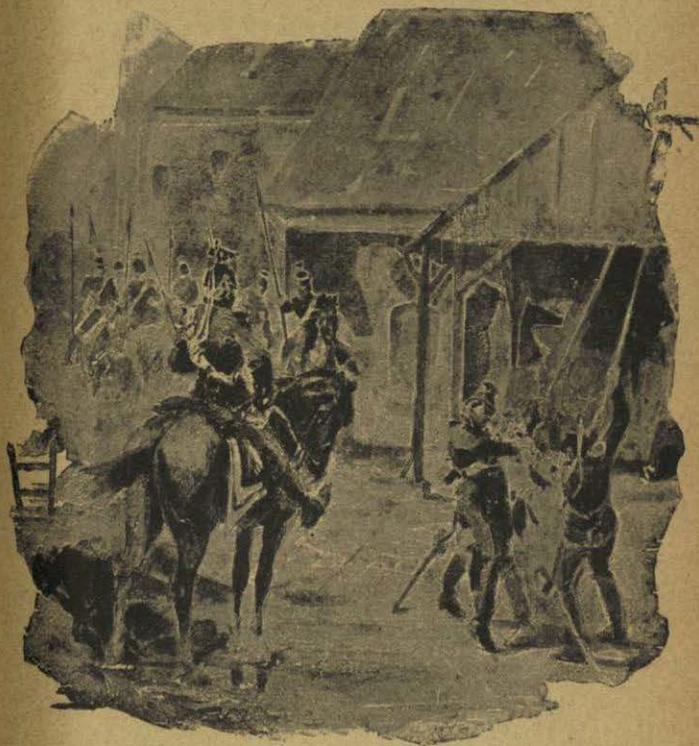
Allí estaba yo contemplando aquel inmenso desastre, cuando oí dos tiros, seguidos de

gritos y de aullidos, que parecían salir de la granja. Pronto, veamos lo que sucede. A medida que me aproximó redoblan los gritos.

¡Socorro, socorro!... ¡Favor!... ¡A mí!

Reconozco la voz del colono, entre otras voces irritadas; una jerga espantosa. Fustigo á Colaquet, pero la cuesta es muy empinada y Colaquet adelanta poco. Parecía que tenía miedo. Agachaba las orejas y se arrimaba á los bordes del camino. Además, la vereda da vuelta y no puedo ver lo que pasa allá en la carretera. De pronto, por una brecha que el puente, al hundirse, parece haber abierto en la tapia del corral expresamente para mí, aparece todo el interior de la granja; el corral, los cobertizos, hombres, caballos, cascotes, lanzas, sacos de harina rotos, un jinete desmontado tendido cuan largo era junto al brocal del pozo y en un gran charco de sangre. Y el desgraciado Goudeloup, pálido, asustado, horrible, rugiendo y luchando entre dos hulanos gigantes que le habían

atado una cuerda al cuello y se ocupaban en izarle por la polea del granero.



Me es imposible decir lo que pasó por mí.  
Un sentimiento de indignación, de lástima,

de rebelión, de cólera... Me olvido de que tengo la pierna rota, de que no tenga armas; cogeré carrera para penetrar por la brecha y acometer á aquellos miserables... Pero me falta el pie... Siento un crujido en la pierna, como si ésta fuese de madera seca, y experimento un dolor agudísimo. Todo da vueltas: el patio, los cobertizos, la polea...

...Cuando volví en mí hallábame á la puerta de la Ermita, tendido sobre la paja de mi carricoche. El sol se ponía, el bosque estaba tranquilo. Colaquet comía tranquilamente las hierbas que crecían entre las junturas de las piedras que forman la tapia. ¿Cómo he venido hasta aquí? ¿Cómo habré escapado de los hulanos, que ocupaban toda la carretera? Como no sea que Colaquet tuviese la idea de venir á campo atravesando á entrar en el bosque por el camino de las canteras...

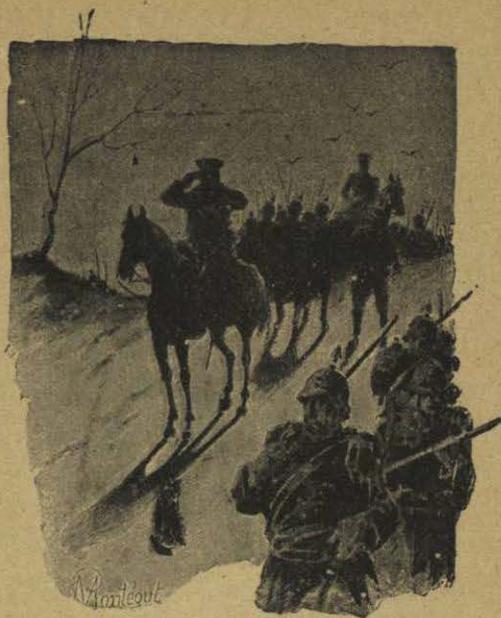
El hecho es que el animalito levantaba la cabeza orgullosamente y meneaba las orejas, como diciéndome: "¡De buena te he librado!"

Me dolía mucho la pierna. Para bajar del carro, desenganchar y entrar en casa he necesitado verdadero valor. Creí que me había roto la pierna otra vez. Pero, en fin, después de una hora de descanso he podido levantarme, comer un poco y escribir estas páginas. El dolor que tengo no es ya tan grande; lo que experimento es una gran languidez...

De todos modos, se me figura que esta noche no voy á dormir. Sé que andan por ahí, que están aquí, y he visto lo que hacen...

¡Oh! ¡Ese infeliz campesino, asesinado en el patio de su propia casa, arrastrándose, agarrándose á las paredes!...





20 Septiembre.

Por los cuatro puntos del horizonte, ese eco lejano de los caminos que el viento recoge al pasar para traerlo hasta mis oídos, es el de un rodar confuso, continuo; el bramido de la marea pesado y monótono, que envuelve todo el bosque y va lentamente hacia París para detenerse allí donde concluyen

las carreteras, en la inmensa zona del sitio. Hasta ahora la inundación no me ha alcanzado; y estoy aquí, en mi Ermita, ansioso, escondido, poniendo el oído á la marea que sube, como náufrago asido á una roca rodeada de agua.

Por fortuna para mí, aunque la comarca está invadida, no se halla ocupada militarmente. Sin embargo, ya dos ó tres veces he oído durante la noche patrullas á caballo que pasan junto á las tapias de la Ermita. Así pasaban algunas veces, cuando se aproximaba la temporada de la caza, los guardias rurales. Deteníanse un momento en la puerta para dar á la casita del guardabosque unas ruidosas buenas noches. Los perros ladraban y se acercaban á las puertas olfateando por debajo de ellas. Abríase una, y el bueno de Guillard se presentaba en medio del camino con una enorme jarra llena de buen vino, el cual se bebían los guardias sin apearse de los caballos.

¡Qué diferencia con estas patrullas de fan-

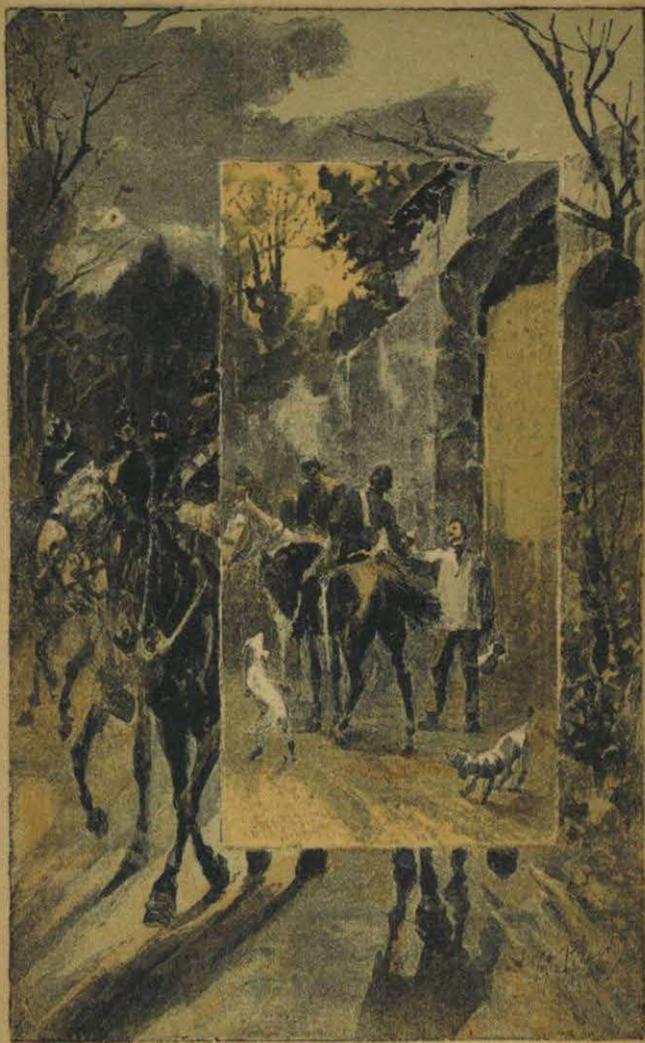


Guillard sacó á la puerta un gran jarro de vino espumoso.

las carreteras, en la inmensa zona del sitio. Hasta ahora la inundación no me ha alcanzado; y estoy aquí, en mi Ermita, ansioso, escondido, poniendo el oído á la marea que sube, como náufrago asido á una roca rodeada de agua.

Por fortuna para mí, aunque la comarca está invadida, no se halla ocupada militarmente. Sin embargo, ya dos ó tres veces he oído durante la noche patrullas á caballo que pasan junto á las tapias de la Ermita. Así pasaban algunas veces, cuando se aproximaba la temporada de la caza, los guardias rurales. Deteníanse un momento en la puerta para dar á la casita del guardabosque unas ruidosas buenas noches. Los perros ladraban y se acercaban á las puertas olfateando por debajo de ellas. Abriase una, y el bueno de Guillard se presentaba en medio del camino con una enorme jarra llena de buen vino, el cual se bebían los guardias sin apearse de los caballos.

¡Qué diferencia con estas patrullas de fan-



Guillard sacó á la puerta un gran jarro de vino espumoso.

tasmas, cuya proximidad hace latir mi corazón! Pasan silenciosamente. De cuando en cuando el chis-chás de un sable, un relincho de caballo, algunas palabras pronunciadas en voz baja en una lengua dura y bárbara... Con cualquiera de esos casos, hay bastante para tenerme despierto toda la noche.

De día, el sonido de trompetas y clarines chillones llegaban á mis oídos, cuando estaba en el jardín, mezclado con el ruido de los tambores, sordos, pesados, que marcaban lentamente el paso en un ritmo brincador y desigual, que parece de acompañamiento de una danza de caníbales. Al son de esos tambores salvajes, todas las razas del Norte, Godos, Visigodos, Ostrogodos, van desfilando por nuestros deliciosos caminos de la Isla de Francia, donde encuentran, gracias á este magnífico otoño, las delicias de un sol desconocido para ellos y de un cielo incomparable... Yo, entre tanto, hago una vida lo más ignorada posible. Ya no enciendo la chimenea, para suprimir el humo que puede hacer

visible esta casa y delatarla. Ya no salgo ni al cercado. Estoy seguro de que ha crecido la hierba delante de la puerta de mi casa, y de que la vegetación del bosque ha formado una barricada delante de ella.

Además, por precaución, he matado el gallo que tenía. Ha sido un verdadero sacrificio. Me gustaba aquel despertar brusco al amanecer, ese llamamiento á la vida y al trabajo que lanza el gallo irguiéndose sobre los espolones de batalla y sacudiendo sus alas.

Pero los prusianos podrían haberlo oído... Ahora ya no tengo en el corral más que tres ó cuatro gallinas silenciosas y tranquilas, y algunos conejos que no han de delatarme.



21, 22, 23 Septiembre.

... Escribo esto de noche, á la luz de una poquilla lumbre de sarmientos secos, una especie de brasero encendido en un rincón de la sala, en el suelo.

No tengo ya ni aceite ni velas. Llueve. Alrededor de la Ermita oigo correr el agua sobre dos leguas de terreno cubiertas de hojas. Sopla el viento. Tengo cerca de mí el revólver amartillado, una escopeta de caza